

dada la afirmación histórica de este hecho único, del hecho de haber hablado Dios al hombre por la Encarnación de su Verbo, ó sea, por la aparición en la tierra de un Hombre-Dios, y su permanencia moral en medio de las naciones por la existencia de una Iglesia, institución divina, ya veinte veces secular; ¿puede la filosofía que se dice racional, cerrar los ojos para no ver lo que tiene delante de sí, resplandeciente como la luz de mediodía, lo que afirma á una voz todo el género humano? ¿No se tomará á lo menos el trabajo de averiguar la verdad de los hechos, y pesar su valor en la balanza de una crítica imparcial y desapasionada, como debe serlo la sincera investigación de la verdad?

Pues no creáis, señores, que proceda de este modo, único que podría llamarse filosófico en este caso, la filosofía de nuestros adversarios antiguos y modernos; antes con aire desdeñoso, tomando el nombre de la razón que tienen aprisionada entre los grillos del sistema anticristiano, rechazan sin previo examen, como absurda é inadmisibile, *a priori* la intervención divina en el progreso intelectual y moral de la humanidad. ¿No es esto, como acertadamente reflexiona el eminente obispo de Poitiers<sup>1</sup>, valiéndose de una maniobra ó ardid que le es muy familiar á esa escuela, querer poner su tesis favorita al abrigo de toda discusión, conferirle el privilegio de la inviolabilidad, envolviéndola en el ropaje majestuoso de una sentencia, de un axioma, á la manera que ciertas dignidades y ciertos trajes ponen á cubierto de toda pesquisa y peligro de persecución á los sujetos que de ellos están revestidos? ¿Es este proceder muy filosófico?

<sup>1</sup> L. c. supra.

7. Ahora bien, una vez reconocido y admitido como innegable, por la razón histórica, el hecho culminante de la Encarnación del Verbo, una vez aclamado Cristo por Hijo de Dios vivo: *Tu es Christus, Filius Dei vivi*<sup>1</sup>: el derecho del Hombre-Dios á reinar sobre toda humana criatura y cuanto á ésta pertenece, no puede ser puesto en tela de juicio, ni mucho menos derrocado; resultando que toda inteligencia, lo mismo que toda voluntad libre, debe rendirle sumisión y vasallaje. Sí, señores, Cristo debe reinar lo mismo en las aulas universitarias que en el templo; así en el augusto santuario de las leyes como en el de la conciencia; tanto en el teatro del mundo como en el retrete del hogar: porque no en vano ha cimentado su omnimoda autoridad sobre esta solemne é incontestable afirmación: *Data est mihi omnis potestas*<sup>2</sup>.

De ese hecho grandioso, ó sea, del misterio sublime del Hijo de Dios hecho hombre en las entrañas purísimas de una virgen<sup>3</sup>, emana, como de su principio y fundamento, todo ese orden admirable llamado sobrenatural, cuyo término es la visión beatífica de Dios en la bienaventuranza de la gloria, y cuyo resultado inmediato es la unión directa del hombre con Dios por la gracia, supuesta la elevación del entendimiento á las alturas de la fe. Y ved aquí descubierto el cimientito de esa soberbia construcción científica, de esa gran filosofía cristiana, la mayor, si no la única digna de este nombre, entre todas las filosofías antiguas y modernas, esfuerzos casi estériles de la flaca razón humana para levantar por sí sola el edificio de la verdad racional.

<sup>1</sup> Marc. 8, 29.

<sup>2</sup> Matth. 28, 18.

<sup>3</sup> Et Verbum caro factum est... (Io. 1, 14).

¡Honor y gloria á esa escuela poderosa de que justamente se envanece, como de creación suya, el cristianismo! ¡Honor á esa fábrica intelectual, en cuyos muros se leen los grandes nombres de Agustín, Anselmo, Bacón, Descartes, Suárez, Leibnitz, Balmes y cien más, resplandeciendo entre todos, como el sol entre las estrellas, el nombre querido de Tomás de Aquino, de quien vosotros, alumnos del Colegio del Rosario, tenéis á mucha honra contaros en el número de los discípulos! ¡Honor al establecimiento cuyos directores y profesores con tanto celo como aprovechamiento cultivan la filosofía cristiana bajo la inspiración y guía del Doctor Angélico! Bien comprende quien sigue sus luminosas huellas, que la filosofía tiene necesidad de apoyarse en las doctrinas de la fe. Ni lo ha menester menos la educación moral, como vamos á ver en pocas y sencillas reflexiones.

## II.

8. Bien podéis, pues, ¡oh jóvenes amantes de la sabiduría! pregonar á boca llena las grandezas y prerrogativas de la que es, como instrumento del gran misterio, el trono de la Sabiduría encarnada: *Sedes sapientiæ*; bien podéis, en vuestro noble afán de conocer la verdad, invocar á María, vuestra patrona, como foco de luz que ilumine vuestra inteligencia en el oscuro laberinto de las abstrusas cuestiones de la metafísica. ¿Quién más sabia, quién más de lleno iluminada por la luz del Verbo, que María? Por eso los hombres de fe, que fueron al mismo tiempo grandes sabios, como los Agustinos y Bernardos, no se desdeñaron de implorarla en sus dudas, complaciéndose en ser sus panegiristas más fervientes; por eso la amó singularmente el gran amantelado de la ciencia, el angelical Tomás, quien de Do-

mingo de Guzmán, su padre, había aprendido á ensalzar á la Virgen quebrantadora de las herejías, con la milagrosa deprecación del Rosario. Mas, no sólo vuestro entendimiento adquirirá copia de luces con el culto piadoso que tributéis á María, sino que vuestro corazón, esa bella porción de vuestro ser que más os importa cultivar, será prontamente enriquecido de gracias santificantes, elementos de aquella perfección moral que es el blanco de la verdadera educación. La Madre amantísima convoca en torno de sí á la juventud con aquellas dulcísimas palabras de la Sabiduría: *Venid á mí todos los que me amáis y deseáis ser abastecidos de mis frutos*<sup>1</sup>. Niños, os dice: *venid á mí, comed mi pan, bebed el vino que os tengo preparado*<sup>2</sup>.

Preciso es, señores, proclamar también esta verdad de la mayor importancia práctica: no es la filosofía moral por sí sola, y mucho menos la llamada moral universal, la que puede fundir vuestro corazón en el molde de la virtud y del deber á toda prueba.

9. Digan lo que quieran los partidarios de esa moral independiente de la religión, no son sus máximas, puramente especulativas y más ó menos incompletas, las que bastan para formar á un hombre real y verdaderamente virtuoso. Para esto son necesarios, en primer lugar, principios más elevados que los que radican en la sola razón humana, y luego más firmes, como apoyados en la base de la autoridad divina, y dotados de verdadera fuerza moral, como la tiene una ley estrictamente obligatoria para todos los hombres en todas las circunstancias de la vida. Principios de esta naturaleza no los hallaréis en otra parte que en la escuela de María, que

<sup>1</sup> Eccli. 24, 26.<sup>2</sup> Prov. 9, 5.

es la escuela de la Iglesia, heredera de las doctrinas purísimas del Maestro<sup>1</sup>, de Aquel que salvó al mundo, no sólo de la perdición eterna, sino también de la corrupción moral en que yacía. Sólo Jesucristo es capaz de santificar al hombre, de hacerlo moralmente perfecto, así como sólo Él puede salvarlo. Y ¿qué es la perfección de la vida presente sino la condición y el prelude de la felicidad de la vida futura? La moral de Jesucristo es, no solamente la más perfecta y completa que pueda concebirse, sino también la más rigurosamente preceptiva, como que es, á lo menos en lo substancial, la intimación solemne de la soberana voluntad de Dios, expresada en estos términos: *Sed perfectos*<sup>2</sup>. Y el mismo Jesucristo ha dicho: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*<sup>3</sup>; lo que equivale á decir: «Yo soy la ley, la condición necesaria para la salvación: es preciso que entréis por el camino estrecho de mis mandamientos, so pena de perderos.»

Éstos son, amados jóvenes, los únicos principios inconcusos, las únicas bases sólidas sobre las cuales debéis sentar vuestra educación moral.

10. Mas, como quiera que el camino que habréis de recorrer durante vuestra peregrinación por la tierra, si no siempre largo, ha de ser siempre arduo y erizado de malezas, preciso es cobrar vigor y aliento, fijando la vista en altísimos ideales de virtud y santidad, que, á la vez que os persuadan ser practicable la senda de la perfección, os arrastren suave pero irresistiblemente con el atractivo del ejemplo. Y esos ideales, ¿dónde encontrarlos más bellos y sublimes que en la historia del

<sup>1</sup> Scimus quia a Deo venisti magister (Io. 3, 2).

<sup>2</sup> Matth. 5, 48.      <sup>3</sup> Io. 14, 6.

Hombre-Dios? ¿Quién si no Jesús pudo exhibirse á la faz de todos los siglos como ideal de santidad y modelo acabado de virtudes? En el pesebre, en Nazaret, en el destierro de Egipto, en el templo de Jerusalén, en Judea y Galilea, predicando y obrando maravillas en favor de todos los menesterosos; muriendo en el Calvario, no como héroe ni como sabio, sino como Hijo de Dios<sup>1</sup>; en el Cenáculo, haciendo vida gloriosa y celestial; en las playas del mar de Tiberiades, fundando su Iglesia, eternamente duradera, para la felicidad eterna del linaje humano; por fin, en el monte Olivete, subiendo por su propia virtud á las alturas, entre las lágrimas de sus huérfanos discípulos, para dominar desde allí los acontecimientos y dirigir la marcha del hombre al término de la bienaventuranza: ¿no es siempre Jesús, ora paciente, ora triunfante, el divino ejemplar que debemos todos ver de copiar, hasta donde sea posible, en nosotros mismos?

Y María, esa criatura la más santa, la más ideal de todas las puras criaturas, ¿no está allí constantemente acompañando á Jesús en todos los misterios de su vida y muerte, como para advertirnos que ella también quiere ser nuestro modelo? Mirad, pues, á María, jóvenes cristianos, mirad esa estrella fulgentísima, concluiré con San Bernardo, puesta por Dios en el cielo de la Iglesia para dirigir el rumbo incierto y peligroso de nuestra navegación por los mares procelosos de la vida<sup>2</sup>. No apartéis un momento los ojos de esa Madre de bondad, que os ha tomado bajo el amparo de su especial protección. Ella quiere ser vuestra madre y maestra: siguiendo con docilidad su dirección, dice el citado Padre, no llegaréis

<sup>1</sup> Vere Filius Dei erat iste (Matth. 27, 54).

<sup>2</sup> Respice stellam... (Hom. 2 super Missus est).

á extraviaros<sup>1</sup>. Invocadla hoy con mayor afecto, con sincera y leal confianza, á fin de alcanzar de su Hijo benditísimo la gracia de ser fieles en edad más avanzada y hasta el borde del sepulcro, á vuestras solemnes promesas del bautismo, hoy mismo renovadas ante su altar, promesas que tan estrechamente os ligan con Jesucristo desde el día de vuestro segundo nacimiento.

II. Quiera el cielo, finalmente, que este plantel de educación, de primera importancia en toda la República, puesto bajo la tutela de Nuestra Señora del Rosario por la Iglesia y el Gobierno felizmente adunados para procurar el progreso intelectual y moral de la juventud, y aprovechando la hábil dirección de que hoy justamente se gloría, produzca, como en sus mejores épocas, varones eximios, eminentes ciudadanos, hombres de ciencia y de virtud, que sepan eclipsar la ilustración del sabio con las superiores luces del cristiano. Tales son los ardientes votos que elevo en este día á vuestra excelsa patrona, la Virgen del Rosario.

## DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO

(pronunciado en la catedral de Medellín, 1893).

### La educación religiosa.

*Sapientia . . . et disciplina, timor Domini.*

La sabiduría y la doctrina nacen del temor del Señor.

Eccli. I, 34.

1. Entre las grandes cuestiones que traen hoy dividida la opinión de los hombres pensadores, figura en primer término la de la educación. Cuantos de veras

<sup>1</sup> *Ipsam sequens non devias* (ibid.).

se preocupan con el bienestar del individuo y de la sociedad, no pueden menos de reconocer en ella una cuestión de vida ó muerte; porque, en realidad de verdad, de la buena ó mala dirección que reciba el hombre en sus primeros años, depende, por ley general, el semblante de toda su vida y el éxito final de su carrera. El Espíritu Santo nos asegura que el hombre, aun cuando llegue á la vejez, no se desviará del camino de su adolescencia<sup>1</sup>. Pero, si en este punto están todos de acuerdo, no todos, por desgracia, convienen en el método de educar á la juventud, esto es, en los medios que deban emplearse como más adecuados para conseguir el doble objeto de toda buena y verdadera educación, es á saber, la cultura intelectual y la formación del corazón; y de aquí que aparezcan, hoy más que nunca, en la escena del mundo dos grandes y poderosas escuelas educacionistas, religiosa la una, la otra laica, disputándose encarnizadamente el imperio de los tiernos vástagos de la humanidad.

2. Nosotros que tenemos á honra llevar izada la bandera de la religión y combatir por ella en todo campo, según nuestras leales y profundas convicciones, como por la única enseña de luz, salvación y felicidad para el género humano, no podemos dejar de alzar la voz en ocasiones solemnes como la que nos ofrece este día, para proclamar sin vacilación de ninguna especie, que es necesario optar resueltamente por el sistema de la educación religiosa, basados en aquella palabra de eterna verdad: *Sapientia et disciplina, timor Domini*: «El temor de Dios es sabiduría y disciplina.»<sup>2</sup> Deducimos como lógica consecuencia de esta doctrina, que

<sup>1</sup> Prov. 22, 6.

<sup>2</sup> L. c. supra.